

Pirandello

CUENTOS
ENSAYOS



Selección de cuentos y ensayos del Premio Nobel de 1934.

Índice de contenido

Cubierta

Cuentos y Ensayos

Cuentos

La tía Mimma

Capítulo primero. La tía mimma se marcha

Capítulo II. La tía mimma estudia

Capítulo III. La tía mimma regresa

Vexilla regis...

La renta vitalicia

Capítulo primero

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Ensayos

El humorismo

Primera parte

Capítulo primero. La palabra «humorismo»

Capítulo II. Cuestiones preliminares

Capítulo III. Distinciones sumarias

Capítulo IV. El humorismo y la retórica

Capítulo V. La ironía cómica en la poesía caballeresca

Capítulo VI. Humoristas italianos

Segunda parte. Esencia, caracteres y materia del humorismo

Capítulo primero. ¿Qué es el humorismo?

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Teatro viejo y teatro nuevo

Ilustradores, actores y traductores

Sobre el autor

Notas

CUENTOS

LA TÍA MIMMA

Capítulo primero

LA TÍA MIMMA SE MARCHA

CUANDO la tía Mimma, con su pañuelo de la cabeza, de seda azul celeste, anudado bajo el mentón, pasa por las calles del pueblecito llenas de sol, puede creerse muy bien que su personilla, aún erguida y vivaracha, aunque modestamente envuelta en el largo «manto» negro y con reborde de flecos, no proyecta sombra sobre el empedrado de aquellas callejas, ni sobre el enlosado de la plaza.

Se puede creer muy bien, porque a los ojos de todos los niños y también de los mayores que, al verla pasar, se sienten casi transformados de repente en niños, la tía Minuna lleva consigo un aire que, súbitamente, todo a su alrededor parece convertirse en cosa artificial: el cielo de papel, y el sol, una esfera de purpurina, como la estrella del belén. Todo el pueblecillo con aquel hermoso sol de oro y aquel hermoso cielo azul y limpio sobre las viejas casitas, con aquellas iglesitas de campanarios achaparrados y las callejas y la plaza grande con la fuente en medio y al fondo la iglesia principal, en cuanto pasa por allí, todo se convierte de repente como en un gran juguete de la Befana^[1], de los que se sacan de cuando en cuando del cajón oval que huele deliciosamente a cola. Cada piececita —ya con tantas— es una casa con sus ventanas y su balcón corrido, que hay que poner en fila o en círculo para hacer las calles o la pla-

za; y esta pieza más grande es la iglesia, con la cruz y las campanas, y aquella otra es la fuente, y estos arbolillos, para poner alrededor, que tienen la copa de virutas verdes, verdes, y un disquito debajo, para que se tengan en pie. ¿Un milagro de la tía Mimma? No. Es el mundo en que vive la tía Mimma a los ojos de los pequeños y también de los mayores que se vuelven pequeños de repente apenas la ven pasar. Pequeños a la fuerza, porque nadie puede sentirse mayor ante doña Mimma. Nadie.

Este mundo es el que ella representa para los niños cuando se pone a hablar con ellos y les dice cómo fue a «comprarlos» lejos, lejos.

—¿Dónde?

—¡Ay!, ¡dónde! Lejos, lejos...

—¿A Palermo?

—A Palermo, sí, con una hermosa litera blanca, de marfil, tirada por dos hermosos caballos blancos, sin cascabeles, por caminos largos y más largos, de noche, en la oscuridad...

—¿Por qué sin cascabeles?

—Para no hacer ruido.

—¿Y en la oscuridad?

—Sí; pero de noche están las estrellas y la luna... ¡Aunque también a oscuras, claro! Cuando se camina y camina a jornadas, por tantos caminos, se hace de noche. Y, además, siempre se llega de noche al regreso, con la litera blanca, y callandito, para que nadie la vea, que nadie la oiga.

—¿Por qué?

—Pues porque el niño recién comprado no puede oír ningún ruido, se asustaría, y ni siquiera puede ver la luz del sol, al principio.

—¿«Comprado»? ¿Cómo comprado?

—¡Comprado con el dinero de papá! Mucho, mucho...

—¿Y Flavietta?

—Sí, Flavietta más de doscientas onzas..., más... más... con sus ricitos de oro, y su boquita de fresa... Porque papá

la quiso así de rubita, con esos ricitos, y con esos ojos grandes y cariñosos con que miras, preciosa mía, ¿no me crees? ¿Que son pocas doscientas onzas por esos ojitos de sol? ¿Cómo quieres que no lo sepa si te he comprado yo? Y también a Niní, sí, claro... A todos os he comprado yo. Niní un poquito más, porque es niño; los niños, amor mío, cuestan siempre un poquitín más; luego, los niños trabajan y, trabajando, ganan bastante, como papá. Pero ¿sabéis que a papá también lo he comprado yo? Yo, yo... ¡Cuando era pequeñito, claro! ¡Cuando no era nada! Se lo traje yo, de noche, en la litera blanca, a su mamá, ¡válgame Dios!... De Palermo, sí... ¿Que cuánto costó él? ¡Uf, millares de onzas, millares...!

Los niños la miran absortos. Contemplan aquel bello pañuelo de seda azul celeste, siempre nuevo, sobre sus cabellos aún negros, repartidos en dos bandas que, sobre las sienes, forman dos trencitas que le pasan por encima de las orejas, de cuyos lóbulos, estirados por el peso, cuelgan dos macizos pendientes en forma de lagrimón. La miran a los ojos, un poco entornados, de párpados sutiles, provistos de larguísimas pestañas; la punta de la nariz, algo cruzada de venas, que en las amplias fosas nasales son violáceas; la barbilla, algo aguzada, en la que se rizan algunos pelillos de vello metálico. Pero ven pasar, como envuelta en un aire de misterio, a aquella mamá, la *Comadre*, que siempre, cuando viene de visita, cádate que la mamá no se encuentra bien, y pocos días después he aquí que aparece otro hermanito u otra hermanita, que ella ha ido a comprar lejos, lejos, a Palermo, con su litera blanca, de marfil.

La miran, le tocan cuidadosamente, con sus deditos curiosos, un tanto vacilantes, el mantón y el vestido; y, sí, es una viejecita pulcra, que no parece diferente de las demás; pero ¿cómo puede ir tan lejos, tan lejos, con aquella litera, y cómo tiene, además, aquel oficio de ir a comprar los niños y traerlos, como la Befana trae los juguetes?

Pero ellos, sin embargo..., ¿qué? No, no saben qué pensar; pero sienten dentro de sí vagamente un algo del misterio que hay en aquella viejecita, que está ahí ahora con ellos, y la pueden tocar, y luego se va tan lejos a buscar a los niños, y también los trajo a ellos..., ya..., de Palermo. ¿De dónde? De donde ella sabe y ellos, pequeñitos, no saben; aunque ciertamente de pequeñitos también ellos estuvieron allí, puesto que ella fue a comprarlos...

Instintivamente, con los ojos, le buscan las manos. ¿Dónde están las manos? Ahí, bajo el mantón... ¿Por qué no enseña la tía Mimma sus manos? ¡Ya! Con las manos no los toca; los besa, les habla, gesticula mucho con los ojos, con la boca, con las mejillas; pero no saca del mantón sus manos para hacerles una caricia. Es extraño. Uno, más atrevido, se lo pregunta:

—¿Por qué? ¿No tiene usted manos?

—¡Jesús! —exclama entonces la tía Mimma, dirigiendo una mirada de inteligencia a la mamá que quiere decir: «¿Ha visto usted qué diablo de chiquillo?»—. ¡Helas aquí! —añade después rápidamente, mostrando sus dos manitas en sus mitones de hilo—. ¿Cómo que no las tengo, diablillo? ¡Jesús, qué pregunta!

Y se ríe, se ríe, escondiendo de nuevo sus manos bajo el mantón y subiéndoselo con ellas hasta la nariz para ocultar aquellas risitas que, ¡Dios nos libre!..., ¡oh Señor!; y se santigua. ¡Mire usted qué cosas se le pueden ocurrir a un chiquillo!

Aquellas manos parecen hechas para moldear la cera con que están labrados los Niños Jesús que en todas las iglesias ponen ante el altar, en un cestito forrado de raso, la noche de Navidad. La tía Mimma tiene conciencia de la santidad de su oficio, de cuánta religiosidad existe en el acto del nacimiento, y a los ojos de los niños lo cubre todo con los velos del pudor; y también, hablando con los mayores, no emplea jamás una palabra que mueva o arrugue

aquellos velos; y habla de ello con los ojos bajos y lo menos que puede. Sabe que no es alegre, y que con frecuencia también es bastante triste su oficio de recibir en la vida a tantos pequeños seres que lloran apenas respiran por primera vez. El niño que ella lleva a una casa de señores puede ser una fiesta, y también para el niño, sí, ¡aunque no siempre! Pero tener que llevarlos —tantos y tantos— a las casas de los pobres... Se le rompe el corazón, pero ella es la única que ejerce, desde hace cerca de treinta y cinco años, ese menester en aquel pueblecillo. O, mejor dicho, era ella sola hasta ayer.

Ahora ha venido del continente^[2] una melindrosilla de veinte años, «piamontesa»; falda corta, amarilla, y chaquetón verde; como un muchacho, con las manos en los bolsillos; hermana, aún soltera, de un empleado de la Aduana. «Diplomada por la Real Universidad de Turin». Es cosa de santiguarse con ambas manos, Señor Dios. ¡Una joven aún sin mundo ponerse a ejercer semejante profesión! Y hay que ver con qué desfachatez. ¡Milagro si no la lleva escrita en la frente! ¡Una chica joven, una joven, qué sabe de estas cosas...! ¡Dios mío, qué vergüenza! ¿En qué país vivimos?

La tía Mimma no se sosiega. Con la cara vuelta, se tapa los ojos con ambas manos apenas la ve pasar, contoneándose, por la plaza, la cabeza erguida, la falda corta, las manos en los bolsillos y una pluma blanca prendida en su sombrerito de terciopelo. Y qué estrépito hacen aquellos tacones insolentes sobre el enlosado de la plaza: «¡Que paso yo, que paso yo!»

Esa no es una mujer, ¡es una diablesa! ¡No puede ser una criatura de Dios!

—¡Cómo! ¿La placa?

¡Ah! ¿Sí? ¿Que ha mandado poner una placa con su nombre y su profesión a la puerta de su casa? ¿Y se llama? Elvira..., ¿cómo? ¿Señorita Elvira Mosti? ¿Que allí está escrito «señorita»? Y ¿qué quiere decir diplomada? ¡Ah, el tí-

tulo! La vergüenza titulada. ¡Dios mío, Dios mío! ¿Puede creerse semejante cosa?

Y ¿quién llamará a esa descarada? Y, además, ¿qué experiencia, qué experiencia puede tener ella, si aún...? En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... ¡Que tengamos que ver estas cosas en nuestros días! ¡Y en un pueblecillo como el nuestro! ¡Ay, ay, ay!...

Y la tía Mimma agita en el aire las manitas, con sus mitones de hilo blanco, como si viera aparecer ante ellas las llamas serpenteantes del infierno.

—No, señora, gracias; nada de café, ¡señora mía! Agua, que me sirvan un sorbo de agua. ¡Estoy totalmente desconcertada! —dice en casa de sus clientas, adonde va de cuando en cuando de visita o a dar «un vistazo» para saber..., ¿no? ¿Nada?

¡Hágase la voluntad de Dios, señora mía, y démosle siempre gracias en el Cielo y en la tierra!

Constituye para ella una obsesión; no porque tema que las señoras le hagan un feo por la otra. ¡Figuraos si puede temer tal cosa, conociendo qué clase de señoras son, con temor de Dios, con la educación del país y el respeto por las cosas santas! Ni en sueños...

—Lo digo, lo digo, ¡oh Virgen Santa!, por la cosa en sí..., este escándalo..., una chica joven... Dicen que habla como un carretero..., que dice a las claras todas las palabrotas, como si fuese cosa natural

Tan sobrecogida está por la monstruosidad de aquel escándalo, que no se da cuenta del apuro con que la miran las señoras. Parece como si tuvieran que decirle algo, pero les faltara valor para ello.

Hoy el médico titular se dio la vuelta cuando la vio pasar. ¿Que no la ha visto? ¡Sí, sí que la ha visto! La ha visto y se ha dado la vuelta... ¿Por qué?

Supo, poco después, que aquella desvergonzada ha ido a visitarlo a su casa, con su hermano. Seguro que para ponerse de acuerdo. Sabe Dios qué mohines le habrá hecho,

como saben hacerlos estas forasteruchas desterradas que en las grandes ciudades del continente han perdido el santo rubor de sus rostros; y he aquí que ese viejo médico, que ya chochea... ¿El diploma?

Y ¿qué tiene que ver con esto el diploma? ¡Ah, sí, en efecto, por el diploma...! Pero, bueno, ¿es que no saben estas cosas? Dos carantoñas, dos caricitas, y como la paja seca arde..., los hombres... jóvenes..., y en este caso, ¡también los viejos sin temor de Dios! ¿Para qué sirve el diploma? ¿Qué tiene que ver con esto? Lo que hace falta es experiencia, experiencia...

—¡Ah! Y también el diploma, tía Mimma —le contesta, suspirando, el farmacéutico, con el que, de pasada, se ha quejado de que el médico le volviera la cara.

—¿Acaso tengo yo diploma? —exclama entonces la tía Mimma, sonriendo y juntando las puntas de los dedos de sus manitas, con sus mitones de hilo blanco—. Y hace ya treinta y cinco años, treinta y cinco, que todos los de por aquí, incluso usted, don Sarino, les he traído yo, con la ayuda de Dios, hijos míos. ¡Cuántos viajes habré hecho a Palermo!... ¡Aquí, aquí; mire usted, aquí!

Y la tía Mimma se inclina para coger entre sus manitas, que, aunque parezca mentira, tienen mucha fuerza, a un hermoso niño de la calle, que se ha parado delante de la farmacia, y lo levanta al sol.

—¡Éste también! ¡Y todos los que se ven! ¡Todos, yo! ¡He ido a comprarlos a todos yo, a Palermo, sin diploma! ¿Para qué sirve el diploma?

El joven farmacéutico se sonríe.

—Está bien, tía Mimma; sí..., usted..., la experiencia, es cierto...; pero...

Y la mira afligido y embarazado, pues tampoco él tiene el valor de dejarle entrever la amenaza que pende sobre su cabeza.

Hasta que, desde la Prefectura de la capital del distrito, le llega una carta con muchos escudos y muchos sellos,

medio impresa y medio escrita a mano, en la que ella no sabe leer bien, pero adivina que habla del diploma que no tiene, y que, a tenor del artículo tal y tal... Aún está tratando de descifrarla, cuando un guardia viene a invitarla de parte del alcalde.

—¿La mujer? ¡Cómo! ¿Tan pronto? —pregunta la tía Mimma, contrariada.

—No, a la Alcaldía —responde el guardia—, para una comunicación.

La tía Mimma se queda boquiabierta.

—¿A mí? ¿Por esta carta?

El guardia se encoge de hombros.

—Yo no sé; vaya usted y lo sabrá.

La tía Mimma va; y en la Alcaldía encuentra al alcalde, todo embarazado. También él ha sido comprado en Palermo por la tía Mimma; y también tuvo que ir a comprar la tía Mimma sus dos hijos para él, y pronto tendría que ponerse en camino en busca de un tercero, con su litera blanca; pero...

—¡Usted por aquí, tía Mimma! ¿Ve usted? Ha llegado otra carta para nosotros de la Prefectura. Para usted, sí. Y no sé qué hacer, no sé qué hacer... Le prohíben el ejercicio de la profesión.

—¿A mí?

—A usted; porque no tiene usted diploma, querida tía Mimma. La ley...

—Pero, ¿qué ley? —exclama la tía Mimma, a la que no le queda ni una gota de sangre en las venas—. ¿La ley nueva?

—No; nueva, no. Para nosotros, aquí, estaba usted sola y desde hacía muchos años; la conocíamos, la queríamos; teníamos toda la confianza en usted, y por eso habíamos dejado pasar así las cosas; pero ¡también nosotros hemos contravenido la ley, tía Mimma! Estas malditas formalidades, ¿comprende? Mientras estuvo usted sola... Pero ahora ha venido esa otra; ha sabido que usted no tenía diploma,

y en vista de que nadie la llama, ¿comprende?, ha reclamado a la Prefectura, y usted ya no puede ejercer, o tendrá que ir a Palermo, ¡esta vez de veras!, a la Universidad para obtener el diploma como ella.

—¿Yo? ¿A Palermo? ¿A mi edad? ¿A mis cincuenta y seis años? ¿Después de treinta y cinco años de ejercicio de la profesión? ¿Me hacen esta afrenta? ¿Yo, el diploma? Una población entera... Pero ¡cómo! ¿Se necesita diploma, y saber leer y escribir para estas cosas? ¡Si yo apenas sé leer! ¿Ya Palermo, yo, que no me he movido de aquí? ¡Yo me pierdo allí! ¿A mi edad? Por culpa de esa melindrosa, a la que quisiera yo ver con todo su diploma... ¿Quiere competir conmigo? Y ¿qué tienen que enseñarme a mí los mejores profesores, a mí, que envuelvo y desenvuelvo en pañales a todos, después de treinta y cinco años de ejercicio de la profesión? ¿Debo ir a Palermo de verdad? ¿Cómo? ¿Durante dos años?

La tía Mimma no pudo terminar: un torrente de lágrimas iracundas, desesperadas, entre sus preguntas precipitadas, a borbotones. El alcalde, dolido, quisiera contener aquel ímpetu; la deja desahogarse un poco, y de nuevo trata de calmarla.

Dos años pasan pronto. Sí, es duro, ciertamente; pero ¡enseñarla, no! Pura fórmula. Sólo para obtener aquel pedazo de papel, ¡para no darse por vencida ante aquella jovenzuela!...

Luego, acompañándola hasta la puerta, dándole palmadas en el hombro como un buen hijo, para confortarla y que tenga ánimos, trata de hacerla sonreír,

—¡Ea, vamos!... ¿Cómo va a perderse usted en Palermo, usted, que no pasa día que no vaya tres o cuatro veces?

La tía Mimma se ha echado el mantón negro sobre el pañuelo azul celeste; y sus manitas estrujan, bajo aquel mantón negro, su cara, para esconder las lágrimas.

¡Niños, aquel pañuelo de seda azul celeste!... La santa poesía de vuestro nacimiento se ha puesto de luto; y se va a Palermo, sin litera blanca, a estudiar ginecología y asepsia, antisepsia, el índice cefálico, el extremo pélvico-podálico. Así lo quiere la ley. La tía Mimma llora; no se puede consolar: apenas sabe leer; se perderá entre la intrincada ciencia de aquellos profesores, allá, en Palermo, a donde tantas veces ha ido con la poesía de su litera blanca.

—Señora mía, señora mía...

Una llorera, una llorera que despedaza el corazón ante cada una de sus clientas, de las que va a despedirse antes de marchar. Y en cada casa se inclina con sus manitas temblorosas (¡oh!, sí, ahora las saca fuera sin miramientos) para acariciar la cabecita rubia o morena de los niños, y deja caer las lágrimas entre aquellos ricitos, junto con sus besos, inconsolablemente.

—Me voy a Palermo..., me voy a Palermo.

Y los niños, estupefactos, la miran y no comprenden por qué llora tanto esta vez por tener que ir a Palermo. Piensan que tal vez les ha ocurrido una desgracia a todos los niños que están allí para ser comprados.

Dicen las mamás:

—¡Nosotras la esperaremos!

La tía Mimma las mira con los ojos llenos de lágrimas y mueve la cabeza. ¿Cómo tratan de decirle aquella mentira piadosa, a ella, que sabe muy bien lo que es la vida?

—Señora mía, ¿dos años?

Y se marcha con el corazón desgarrado, echándose el mantón negro sobre el pañuelo azul celeste.

Capítulo II

LA TÍA MIMMA ESTUDIA